

PERDIDO COMO LOCA

SEUDÓNIMO: CARACCIOLO

Me enamoré perdidamente de una gata. Tal como suena. Ni con botas ni nada que se parezca. Es que la loca que hay en mí, ay, no pudo sustraerse a los pérfidos encantos de esa malvada. Sí, malvada, lo digo y lo redigo con dolor y una cierta nostalgia húmeda y viscosa. Es que este amor no puede ser real. No pudo. No podrá. No por culpa mía, bien me gustaría que se aclarara. Pues estoy dispuesto a dar mi vida –sí, mi vida, loca cursi– por lograr que la gata Filomena ronroneara en mis brazos, con su pelambre fino, de terciopelo, con sus ojos cual flechazos en este pecho herido. Amor a primera vista o a primer maullido, si prefieren, amor calentoso, súbito, precipitado, amor masturbatorio. Pasan los días y no sé nada de ella. Abandonado con mis tacones lejanos, a lo más almodovariano y cinematográfico posible. En primer plano, en racconto, en close up. Esperando que se digne a aparecer a la vuelta de la esquina. Ya los tejados no son los mismos. Ya nada es lo mismo. Mi dolor se acrecienta en esta noche de luna llena y cielo estrellado, en lo más cursi de mi poesía románticoide. ¿Dónde estás ingrata de mi alma, maulladora de mi infelicidad? Cierro los ojos. El presente es un pasado con nostalgia. Te miro en lo más profundo, te desnudo con esa mirada llena de intenciones malévolas, con la verga a punto de estallar en estampidos multicolores. ¡Ay, gatita Filomena! Entonces, descubro en el piso de mi apartamento, ese rouge carmesí con el cual mis labios se estamparon en tu clítoris ardiente. Gatotecnia, gatofilia, gatonosis, gato encerrado. O gata, para seguir hablando en femenino, para seguir hablándome desde este ambiguo

género que me atormenta. Desde siempre y desde nunca. ¡Ay, mísera de mí, ay infelice! En lo caliente, te sigo amando. Así, enloquecida, con el único traje de fiesta algo más presentable para esas ocasiones que nunca llegan, salgo a la calle en tu búsqueda. También, en mi búsqueda, cual harrison ford (¡ay, qué guapo!) en parís, con su búsqueda frenética, por los senas tormentosos, con flacuchenta de por medio. Por los senos que me descubren y que me encubren en esta fría noche de invierno, en donde tu ausencia cala los huesos, traspasa los órganos genitales y deja una húmeda mancha de semen en el rugoso vestido de la fiesta inconclusa. Cual semen(tal) herido. Un auto toca la bocina y siento sobre mi cuerpo los improperios de costumbre. Puto, en lo más suave posible, puto adolorido. Sí, gata Filomena, soy tu puto cabalgante sobre tu lomo erizado y voy estrellándome con cada zarpazo del puma que hay en ti –sin helicópteros sobrevolando las siniestras noches de la dictadura-, muchacha de alcantarillas y de cloacas rellenas por los hedores de esta ciudad abandonada, desértica, comala en llamas. Y si de abandono se trata, aquí estoy yo, solo, en medio de una calle que no conduce a ninguna parte, que se expande más allá de las últimas fronteras, más allá de los desiertos, de los últimos tejados en donde te divisé esa noche ardiente de sexo y de alcohol (hace una eternidad), después del trago del estribo, de salud comadre y póngale otra, que en eso de ponerle somos campeones del mundo y tambaleante, sobre una cuerda al borde del precipicio que me fue conduciendo al callejón sin salida, al callejón de los meados y en donde tú parecías ser la reina del distrito, ama y señora nuestra, en tu

majestuosidad que me dejó paralizado por un momento, como estatua de sal del antiguo testamento o del nuevo, ay, me confundo siempre en esto de mi pecaminosa religiosidad, a lo más bíblico posible, pues esto es el inicio de un Apocalipsis, con trompetas incluidas y carreras de caballos, que me dejó sin poder reaccionar a tus secretos encantos, mientras mi piel se erosionaba tras los líquidos acuosos de una precoz y rebelde eyaculación que me tumbó aún más al borde de ese precipicio, con caída libre, en esa noche de la luz y de la tormenta, tras tus silenciosos pasos por los tejados de vidrio. Hasta que no di más y te encaré, así en directo, en primera persona, en infinitivo, conteniendo un nerviosismo de chiquilla en celo, de loca enloquecida por esta locura de amor, de amor locura, cuando el silencio proyectó el eco de mi voz, el eco de mi súplica en esa fría noche de invierno, como hoy, como siempre, como ese día en que te marchaste de mi vida sin siquiera despedirte, sin maullidos de por medio, sin el brindis con ese vino avinagrado, traicionando todos nuestros proyectos de vida y de pareja dispareja y dejándome más desnudo que nunca, desnudando mis desnudeces, desnudo en el tejado como aquel libro, como esta historia de amor y desamor, en los tiempos oscuros, mientras al otro lado del río una ráfaga de metrallera silenciaba a los sin voz, y la nieve caía no solo en los sectores precordilleranos, caía al ritmo de la crueldad asesina. En cierta forma, también yo he ido quedando enmudecido o enmudecida, si prefieres, por esta imposibilidad que se incrusta en cada poro de este famélico cuerpo de loca enloquecida, este cuerpo que supo entretejer la más tierna historia de amor prohibido y que se

erotizaba por el fluyente erotismo de tu erótica mirada, que me mantenía siempre en estado de alerta y con los fluidos que rozaban esa piel manchada por múltiples batallas en tus territorios prohibidos. Es cierto, estoy perdida como loca, pero perdida por tu culpa, por tu mismísima culpa (a lo más sacrílega posible), por tu desprecio, por tu mudez, por tu animalesca insensibilidad. Gata hija de la chingada, gata culeada. Sí, culeada, por mi enfermizo pene de macho herido, sifilítico, sidoso. Y pasan los días y sigo cayendo en un pozo que me conduce a los infiernos. Más que loca, ahora seré pasto de los mismísimos demonios y me incrustarán sus lanzas por todos los rincones de este cuerpo malherido. Lanzas quemantes, enrojecidas, en el caldero de la perdición. Trato de saltar la última valla, sin saber siquiera dónde voy a caer. Ya nada importa. No estoy para mendigar un manoseo más o un manoseo menos. Gimo como loca encabritada, gimo sodomizándome. La batalla está perdida. En lo personal y en lo colectivo. La batalla de Chile. Un palacio en llamas. Un cuerpo en llamas. Una gata en llamas. Una loca chamuscada. Me caliento en los últimos incendios, me caliento con ese roce que nos imanta a una ficticia realidad. Voy abandonándome en tu abandono. Dejándome llevar. Casi todo está perdido en esta rebelión de la granja. Los animales de costumbre. Los gatos o gatas con bota, a pesar de todo. Tanto cuento que nos contaban de pequeños. El cuento del tío, por ejemplo, el tío agosto, el que me metía mano por debajo de ese corto pantalón de escolar. Eso que llaman pedofilia o gatofilia. Aquí ya no hay gato encerrado. Ni gato por liebre. El dolor reaparece. Se profundiza en la cotidiana espera. Mientras la ciudad

desaparece en un toque que es más de queda. Que permanece. Que nos imanta y nos hace víctimas y victimarios. Gata prófuga, gata desaparecida, gata exiliada, gata n.n. Parece ser lo que en realidad no es. Lo que nunca ha sido. Entonces, parece que te diviso y mis hormonas se reavivan al imaginario contacto con tus glándulas mamarias y voy succionando como condenado en las entrañas de la tierra. Absorbo tus secretos fluidos en cada estación del regreso. Con esta lengua viperina. Con esta lengua que te lame las cicatrices de la memoria. Todo se diluye. La cruda realidad. El frío de costumbre. La nieve. De repente, en lo más humanitario posible, pienso que no te has ido por tu propia voluntad y otros son los responsables del abrupto fin de nuestra amorosa y animalesca relación. Entonces, recorro hospitales, comisarías, el lecho del río, la junta de vecinos, los estadios de fútbol, el bar de la esquina. Cruzo y descruzo fronteras. Tu foto pasa de mano en mano, con burlas de por medio. Tu foto se amarillea. Nadie te ha visto ni te verá jamás. Parece el triste desenlace de una loca deprimida. Me revelo y me rebelo. Me despojo de una piel lacerante que, como premio de consuelo, lleva las marcas de tus caprichosas jugarretas, cuando éramos felices y bajo la luz de la luna, borrachos como cosacos, nos revolcábamos en los fangosos pastizales. Cierro la puerta en esta noche en que la lluvia es un permanente diluvio. Voy zigzagueando en torno a esta ebriedad que me conduce a ninguna parte. Un grito, una orden de detención, una amenaza latente, un disparo al aire, un disparo a matar, la sangre de este cuerpo que se va perdiendo en ese laberinto en donde la muerte es una tabla de salvación. Así, de salvación en salvación, gata Filomena, esta loca

SEUDÓNIMO: CARACCIOLO

crucificada en este amor imposible vuelve a revivir cuando, muy campante de cuerpo, me das la bienvenida con el maullido de costumbre.